



Anna Cima

ME DESPERTARÉ EN SHIBUYA

Traducción de Kepa Uharte

Nórdicalibros

Anna Cima

Me despertaré en Shibuya

Traducción de Kepa Uharte



PARTE PRIMERA

PRAGA

1

No me apasiona charlar con las chicas. Lo que dicen es un rollo. Me da igual lo que haga su perro. No me interesa si su chico tiene los ojos tiernos y profundos. O si por fin han empezado a vender el protector labial americano de la cajita redonda en las droguerías.

Las chicas hablan una y otra vez de lo mismo. Así era en el insti, en la uni es igual. Tienen la necesidad de sorprenderse las unas a las otras y demostrarse eternamente que son mejores o más interesantes que las demás. Como si la vida fuera un gran concurso. Un concurso de belleza, de a ver quién es más inteligente, quién tiene el jersey más bonito hoy, a quién miran más los tíos, quién piensan los chicos que es más graciosa y con quién quieren pasar más tiempo.

Kristýna es igual en muchos sentidos. Pero como nos conocemos del insti, es una de las pocas chicas que consigo tolerar, aparte de a mí misma. Tiene el pelo rosa y en su tiempo libre participa en un movimiento que intenta demostrar que el baile en barra en realidad es un deporte refinado. Aparte de eso, se dedica a desarrollar una

medicina para curar el cáncer. Se pasa la mayor parte del día en el laboratorio, donde trabaja en una investigación secreta de la que no le puede revelar nada a nadie. Luego no es de extrañar que por la noche se ponga boca abajo en la barra.

Kristýna es excéntrica. A los chicos les gusta, pero al final su vehemencia y su inteligencia siempre los ahuyentan. De una chica con el pelo rosa, realmente, uno no espera que por las noches, en lugar de ver juntos una película, prefiera resolver ecuaciones químicas. A veces pienso cómo es posible que Kristýna no consiga encontrar a nadie que esté bien. Probablemente, ni siquiera sabe qué aspecto debería tener la pareja ideal. La culpa es de su padre, que huyó a Sri Lanka cuando ella tenía quince años. A Kristýna, durante toda la pubertad, le ha faltado un modelo masculino.

El padre de Kristýna, en Sri Lanka, se convirtió en monje budista, lo que no es precisamente la imagen ideal de la masculinidad. De vez en cuando, se le aparece en sueños cuando necesita que haga algo por él aquí o para desearle feliz cumpleaños. Pero no está accesible en el móvil. Kristýna, por supuesto, está terriblemente cabreada con él. Obviamente es mejor, admite, que si se hubiera suicidado después del divorcio. Pero igualmente está enfadada. En la casilla de «profesión del padre» del formulario para una beca o en la administración, cuesta escribir «monje budista».

Cuando pasan por Praga los llamados hare krishnas, Kristýna, asqueada, cambia de acera. Lo que más le jode es cuando alguno de los que se llaman a sí mismos monjes, con túnica amarilla, le intenta vender libros eruditos sobre el ciclo kármico y otras chorradas en la plaza de la República.

—Señorita —le dice—, usted parece de mente abierta...

Ha debido de llamarle la atención la cabeza rosa de Kristýna. Ella se detiene y atraviesa al hombre con una mirada de odio. El tipo no se echa atrás, cree en sus técnicas de persuasión y sigue intentando atraer a Kristýna para que se compre el libro.

—¿Sabe lo que es el karma? —le pregunta.

—Sí, tengo uno en el baño —le corta Kristýna e intenta huir. Pero el hombrecillo es más rápido.

—Me gustaría contarle algo sobre sus vidas. No solo de la actual, sino también de la pasada y la futura. Seguro que lo encontrará interesante. Aquí tengo un libro...

—No me interesa, sé bastante de estas cosas.

—Pero esto es sobre la vida...

Kristýna se para y desalienta al hombrecillo con su mirada.

—Mire, ¡de verdad que no me interesa!

—¡Pues debería! —El hombrecillo no se da por vencido. Ahora Kristýna se calienta de verdad.

—Mire..., ¡imitación! Mi padre es un auténtico monje budista del monasterio Weduwa de Koggala, en el sur de Sri Lanka, ¡si es que le suena de algo! Cuando quiera saber algo sobre el karma, ¡se lo preguntaré a él!

El hombrecillo se queda tieso. No se lo esperaba.

—Pero aquí, en el libro...

—¡No me interesan sus libros! Si quiere dárselos a alguien, ¡envíeselos a mi padre a Sri Lanka, él se los corregirá!

El hombrecillo calla.

—Pero dudo que pierda el tiempo con algo así. ¡Él siempre está meditando! Si usted es monje, también debería. ¡Y tire los auriculares del iPhone que le cuelgan de la túnica!

El hombrecillo baja los ojos al suelo. Ya no dice nada más. Humillado, esconde el libro detrás de su espalda.

—¡Vaya usted con Buda! —chilla Kristýna y se marcha.

El hombrecillo sigue de pie delante del KFC. De repente, se siente como el insecto pesado que quizá fue en una vida pasada.

3

Nunca entenderé lo que movió al padre de Kristýna a coger y abandonar a su familia. Él, por supuesto, lo interpreta como que se fue a buscar su yo interior. En realidad, más bien huyó de la responsabilidad que empezaba a presionarlo, porque durante la crisis quebró su empresa.

Cuando Kristýna era pequeña, su familia iba bien. Reconstruyeron un edificio en las afueras de Praga e instalaron una piscina térmica en el jardín. El padre de Kristýna compró a sus hijos un perro enorme y una televisión de plasma y les pagó un montón de cursos. Luego llegó la crisis y la empresa quebró. A la cotidianeidad penosa se añadieron las peleas con su mujer, las deudas y

la complicada pubertad de Kristýna (que realmente valió la pena). Y entonces, en lugar de afrontar el problema, el padre de Kristýna una mañana hizo la maleta y se fue a Sri Lanka. Dejó las deudas a su mujer y, depurado de los apuros de un mortal corriente, desde entonces medita tan ricamente, escondido en un monasterio.

La madre de Kristýna, después del divorcio, se metió en temas de esoterismo. No podía permitirse dejar aquí a dos hijos adolescentes e irse por ahí a un monasterio. Así que sacó del despacho de su marido todo lo que le recordaba a él y se montó un rincón esotérico al que Kristýna llama Oráculo. En los estantes colocó velas y piedras curativas cargadas de energía, sobre la entrada colgó un atrapasueños y en casa quema constantemente barritas aromáticas. Fundó el grupo esotérico Venus, al que atrajo a sus vecinas para poderles aconsejar con las cartas lo que tienen que hacer con sus vidas. En el tiempo libre, la madre de Kristýna se entretiene prediciendo el futuro. Elabora un montón de horóscopos y enseña a trabajar con las energías. Kristýna sospecha que, a distancia, perturba la tranquila meditación de su marido en Sri Lanka.

—Yo cerraría inmediatamente todas las tiendas y teterías esotéricas, sacaría de la circulación todos los libros sobre religión, prohibiría imprimirlos y los quemaría —espeta Kristýna siempre que hablamos del tema—. Todo eso solo atonta a la gente. Ofrece solo soluciones fáciles, como que si abrazas un árbol enseguida te encontrarás mejor o que si te lees la historia de Buda entenderás cómo tienes que llevar tu vida. No sirve de nada. Son solo muletas hasta que la cosa se vaya todavía más a la mierda. Yo también,

cuando tenía diecisiete años, por influencia de mi madre fui a un curso de *reiki*. ¿Sabes lo que es?

—Es como una energía curativa del Japón, o algo así, ¿no?

—Exacto. La leyenda dice que un peregrino vivió tres milagros cuando subió a la montaña sagrada y bla, bla, bla, descubrió la energía curativa universal *reiki*. El curso en el que participé lo dirigía una tal señora Nováková en su bloque de Pankrác. Una experiencia mística de verdad. Para empezar, tendrías que haber visto a los desesperados que iban. Un empresario en quiebra, un ama de casa con cuatro hijos, una vendedora de un estanco y mamá y yo. Todos deseaban someterse al ritual de iniciación para que luego, como por milagro, las cosas empezaran a irles bien. Que verían la verdad con mucha más claridad que la gente corriente.

»Para el ritual de iniciación, Nováková tenía reservada una habitación entera. Recordaba un poco al Oráculo de mamá. En una pared había colgado un cuadro de Jesús, en la otra Buda y en la tercera alguna deidad africana. Tuvimos que sentarnos en la pared que nos fuera espiritualmente más próxima. Luego cerramos los ojos y Nováková pasó como tres cuartos de hora resoplando en un rincón, desde donde supuestamente nos enviaba energía.

—¿Y de verdad ves con más nitidez desde entonces?

—Entendí lo inútiles que son estas cosas y cómo atontan a la gente.

—Ya ves, al menos sirvió de algo, ¿no?

Mis padres siguen juntos. Creo que en todo mi amplio entorno soy la única persona cuyos padres no se han divorciado. La primera ola de divorcios de padres alcanzó a nuestra generación más o menos en segundo. Mi hermana, que entonces seguía yendo al parvulario, un fin de semana estaba dibujando en la mesa del comedor y de repente, sin venir a cuento, le preguntó a mi padre:

—Papá, ¿cuándo te divorciarás de mamá?

Mi padre, que justo estaba haciendo la cena, se quedó con la espátula en la mano, en medio de la cocina, sin entender.

—¿Qué dices, cielo? ¿Por qué íbamos a divorciarnos?

—Es que los padres de los demás ya están todos divorciados y solo vosotros no. Así que me gustaría saber cuándo será. —Mi hermana siguió dibujando, impertérrita. Creía que el divorcio era parte corriente de la vida familiar y se sentía en desventaja ante los demás niños porque nuestros padres seguían juntos. Tampoco se gritaban el uno al otro, ni montaban escenas, y seguían viviendo en la misma casa. Mi hermana no era capaz de entender cómo era posible que los padres de Anetka, Majda y Karlík ya hicieran todas esas cosas, mientras que los nuestros todavía no habían llegado a ese punto.

El mayor mérito de que mis padres no se hayan divorciado lo tiene mamá, que domina a la perfección el principio por el que se dirigían las esposas japonesas del siglo pasado, la *necesidad de persistir*. No creo que sea del todo correcto que la esposa siempre lo aguante todo, pero la capacidad de mamá de persistir sin duda ha sostenido la relación con mi padre para que no se desmoronara.

Cierto, mi padre no es un monje budista de Sri Lanka, pero últimamente lleva una vida casi monacal, está eternamente encerrado en su despacho, del que sale solo para cenar. Tengo la sensación de que apenas le importa lo que hace la gente a su alrededor. Por ejemplo, le da completamente igual lo que escribo. Hace un par de años, todavía me paraba de vez en cuando para preguntarme qué estaba leyendo y si me gustaba, o pedirme que le leyera un fragmento de lo que estuviera escribiendo. Pero últimamente no me pregunta por nada. Ni siquiera le interesa lo que hace mamá en el trabajo o cómo le va a mi hermana en el cole. Siempre está trabajando y leyendo y ya no le queda energía para nosotras. Observarlo es triste. Pero siempre me digo a mí misma que esto es mejor que si estuviera en Sri Lanka.

Mamá me apoya con la escritura. Aunque siempre me dice: «A mí lo que más me gustó fue cuando escribiste aquello sobre la abuela. ¿Por qué no vuelves a escribir algo sobre la abuela?». Pero yo creo que un autor tiene que evolucionar. Y ya se ha escrito tanto sobre abuelas que la literatura checa no necesita otra.[1]

5

Mi otra amiga se llama Machiko Kawakami y viene de Yokohama.

—Me llamo Machiko. Me gusta comer bambas.

—¿Qué? —No entiendo.

—Bambas marinas. Bambas que vive en mar —explica.

Entrecierro los ojos y me pongo a pensar.

—¿Quieres decir «gambas»?

—Sí, *gamubasu*, he confundido. Estoy al cuello. —
Machiko indica con la mano que está hecha polvo.

A diferencia de Kristýna, a primera vista es discreta, no grita y parece que en cualquier momento se la vaya a llevar el viento. Solo cuando te sientas con ella en una taberna, entiendes hasta qué punto esta chica se diferencia de todas las japonesas estereotípicas que piden chocolate caliente, hablan en voz baja y se tapan la boca cuando se ríen.

Machiko Kawakami pasó la secundaria encerrada en una bodega, donde ensayaba con su grupo de *rock*. Aunque hacer pellas en Japón es absolutamente impensable, Machiko siempre se salía con la suya. Era porque iba al liceo cristiano, donde al final siempre se lo perdonaban. Una compañera de clase suya por lo visto incendió la biblioteca del cole. También a ella se lo perdonaron. Yo no le perdonaría a nadie que incendiara una biblioteca.

Machiko es tan guapa que todas las coreanas operadas se ponen pálidas de envidia y le preguntan dónde se hizo los ojos y cuánto le costó. Es bastante paradójico que la mayoría de las asiáticas quieran ojos europeos, mientras que yo me habría matado para tener los míos ni que fuera un poco más rasgados.

Machiko toca el contrabajo, estudia en la Escuela de Artes Escénicas y aprende checo porque quiere vivir aquí. Se ve que una vez oyó a Dvořák y entonces cambió la música *rock* por la clásica. Al final decidió fundar una orquesta sinfónica en Chequia. Vino a Praga hace dos años. Se trajo su enorme contrabajo y a su pequeño novio. Se separó de su novio en el primer mes, él volvió a Japón y

Machiko se quedó aquí, completamente sola, aunque con el contrabajo. Nos conocimos por casualidad cuando estaba deambulando por los pasillos de la Facultad de Humanidades, intentando encontrar a algún japonólogo que la ayudara con el checo. Y enseguida nos hicimos amigas.

—He *escurito redacución* con tema: «Qué piensan checos de mi país». ¿Puedes mirar y *coregir* los *eroros*? —dice Machiko y saca un cuaderno del bolso.

Me gusta cómo escribe. Yo escribía parecido cuando era pequeña. Su letra es tosca. Si bien es cierto que los japoneses aprenden inglés en el colegio, no le dan mucha caña. Según entendí, la mayoría de las veces solo rellenan pruebas gramaticales y redondean las respuestas correctas. La escritura no la tratan demasiado. Quizá por eso para Machiko la escritura latina sea tan problemática.

Miro el cuaderno que tengo enfrente.

Mi ensayo, cómo los checos ven a los japoneses.

Alguien de Europa tiene una visión rara de Japón.

¿No quieres mirar cuatro de ellas?

1) Primera.

Mucha gente me hace la potura cuando me dicen «gracias» y «buenos días». ¡Pero no es verdad! ¡Nunca he visto japoneses haciendo la potura! ¡Los japoneses no es el dalái lama!

2) Segunda.

Algunas personas me preguntó: ¿Comes sushi cada día?

Respuesta: No.

No podemos comer sushi cada día, porque sushi caro.

Pero sushi checo no es bueno y no es calidad. ¡No puedes comer sushi checo!

3) Tercera.

Algunas personas me preguntó: ¿Dónde está ninja?

Respuesta: En ninguna parte.

Ellos existiera en pasado, pero ya no existe. Pero casa de ninja existe. Así puedes ver cuando estaban en Japón.

4) Cuarta.

Algunas personas me preguntó: ¿Te gusta tentáculo?

Respuesta: No sé.

A veces adult video usan tentáculos, así quizá algunas personas te gusta.

Todo. Gracias.

Tengo que hacer esfuerzos para no reírme. Mi japonés tampoco es perfecto, al fin y al cabo.

—Machiko. —Levanto la cabeza de su ensayo—. ¿Qué quieres decir con «la *potura*»?

Machiko junta las manos delante de ella como si rezara y se inclina.

—¡Ah, quieres decir «postura»!

—¡Sí, el *posutura*! —dice Machiko—. Yo liada.

Mis padres desde pequeña me dirigieron hacia el arte. A la literatura, el cine, las artes plásticas. Con mi hermana también lo intentaron, pero no fue tan fácil. Desde tierna edad, era hiperactiva y obligarla, por ejemplo, a repasar las

imágenes de un libro resultaba un acto heroico. Siempre se escaqueaba, se ponía la pierna detrás de la cabeza y hacía el pino. Yo, una niña con los ojos abiertos como platos, miraba a mi padre a través de los barrotes de mi cama y escuchaba su relato, mientras mi hermana, infaliblemente, intentaba matarse escalando los barrotes hacia el otro lado, donde la esperaba el mundo real, mucho más interesante que lo que contaba papá.

Papá, en casa, siempre tuvo una biblioteca enorme. A los nueve años me lanzó *Oliver Twist* y anunció que era el mejor libro del mundo y que el que no lo hubiera leído era un miserable y no sabía lo que era el arte verdadero. Dejé de lado las aventuras adolescentes de Foglar y empecé a abrirme paso desesperadamente con *Oliver Twist*. No me gustó demasiado. Pero tenía que demostrarle a mi padre que no era un miserable, así que leí y leí hasta acabar el libro. Mi padre estaba entusiasmado y me trajo *El nombre de la rosa*. Leí *Crimen y castigo* a los trece, *La broma* a los catorce. No entendí nada de esos libros. Siempre me los leía y luego tenía que venir mi padre a explicarme quién era Trotski o Aristóteles, para que me orientara y en el cole pudiera presumir ante mis compañeros. («¿No habéis leído *La broma*? ¿Me tomáis el pelo?»).

Mis compañeros de clase no me soportaban. Yo les dejaba claro que ellos eran unos idiotas sin educación. Primero lo hacía sin darme cuenta. Pero, antes de los exámenes de admisión al instituto, mi padre me motivó con historias de cómo solo conocería a niños listos, que habría muchas chicas a las que les gustaba leer y que seguro que acabaría en un grupo guay. La verdad fue que todos mis compañeros

de clase escuchaban hiphop o a Rihanna, como mucho tocaban a Pratchett, y un par de veces que les saqué a Pushkin, llegaron a la conclusión de que yo era una fanfarrona gilipollas y dejaron de hablar conmigo. Yo hacía ver que me daba igual y por la noche lloraba en la cama y me cagaba en mi padre por haberme convertido en una intelectual que no se entendía con las personas de su edad. Luego lo convertí en una prioridad. Decidí que, si los demás me consideraban una engreída, sería una engreída. Y para hacérselo fácil empecé a leer como una descosida.

Kristýna tampoco se entendía demasiado bien con los demás. Entonces estaba pasando su periodo *heavy metal*, salía con un chico mayor y solo se relacionaba con gente de fuera del cole. En la clase, o dormía o garabateaba en el cuaderno dibujos deprimentes. Como nadie quería sentarse con nosotras dos, de forma natural acabamos en el mismo banco. Durante mucho tiempo nos ignoramos. Pero luego por error empezamos a hablar de Pearl Jam o algo parecido y empezamos a intercambiarnos cedés. Para mí se convirtió en una isla habitable en un mar de desesperación.

7

En esa época, descubrí a Murakami. Me gustó la portada del libro *After Dark*, así que fui a comprármelo. Me fascinó completamente. Ya antes escribía poemas de vez en cuando, pero entonces empecé a producir un montón de cuentos. Obligaba a mi padre a que los leyera y comentara. Siguiendo la pauta de Murakami, también mis personajes hablaban con gatos, desaparecían misteriosamente y

aparecían en sueños, vagaban sin propósito por la ciudad y pronunciaban frases del tipo: «Era completamente corriente, ni siquiera sé por qué me enamoré de ella, y mucho menos por qué se lo explico a usted, porque en realidad no tiene la menor importancia».

Deseaba publicar un libro cuanto antes, hacerme famosa y demostrar a todos esos idiotas de mi clase que yo era la mejor de todos. Publicaba la mayoría de las cosas que escribía en la revista del colegio, que yo misma fundé y a la que nadie, aparte de mí, contribuyó. Obsequiaba a todo el colegio con mis creaciones y finalmente me confirmó mi propia excepcionalidad una chica de un curso inferior o que, con los ojos gachos, vino a hablar conmigo en el baño y dijo que mi cuento sobre un chico descalzo y de pelo azul que había roto un espejo en su casa y había dejado los fragmentos siete años en el suelo le había cambiado la vida.

8

Desde pequeña, tengo cierta ambición literaria. Cuando tenía diez años, mi madre me compró un libro en cuya tapa ponía: «*Best seller* de una autora genial de nueve años». ¿Cómo era posible que una niña ya publicara novelas mientras yo todavía no había escrito ni una página? Eso me provocó catorce días de depresión. Solo me tranquilizaba el hecho de que el libro no era demasiado bueno (de hecho, era pésimo). Sin embargo, me reconcomía cómo era posible que yo todavía no hubiera conseguido nada. Para mis adentros, veía mi propia novela con un texto parecido en la cubierta, pero, cuando me sentaba al ordenador, siempre

engendraba solo un título enorme y no demasiado imaginativo, y nada más. Mientras pensaba en qué más tenía que escribir, por ejemplo, adornaba el título con asteriscos del teclado numérico, y ahí se acababa.

Puesto que no era capaz de reconciliarme con el hecho de que otra niña ya estaba publicando mientras que yo me había quedado clavada en el título, mi padre me sentó en sus rodillas y me halagó diciendo que el libro que me habían regalado seguro que no lo había escrito una niña de nueve años, porque las niñas pequeñas no eran capaces de escribir una novela tan larga, y que seguro que alguien la había ayudado, por ejemplo, su padre o su abuelo. Que solo era publicidad que no me tenía que creer. Como papá ya entonces enseñaba escritura, admití que algo sabría sobre estas cuestiones y me tranquilicé. Pensé que yo sería la primera niña de once años que escribía una novela sin la ayuda de su padre y su abuelo y empecé a trabajar en una gran obra, enormemente compleja, que se llamaba *El enigma del edén enclaustrado* (el título en checo tenía tres zetas, eso me pareció interesante). El personaje principal era una tal Delionela Štráfová (no sé de dónde lo saqué, pero mi padre dijo que era bueno y que se acordaría si algún día decidía escribir algo para niños). Con éxito, conseguí sacar el primer párrafo y, cuando ya no sabía qué más poner, escribí con letra grande, en medio de la página:

Diez años más tarde

Y luego continué. Pero mi padre me dijo que así no se podía hacer, que sería interesante enterarse precisamente de qué había pasado durante esos diez años que yo me había

saltado, algo que me dejó chafada.

Cuando tenía trece años, en secreto para que no se enterara mi padre, leí *Las chicas en sillas de montar* y escribí un bodrio de unas cincuenta páginas sobre caballos, del que mi padre me felicitó solo por una única frase. Dijo que «eso lo escribiría un escritor». Literalmente, reventé de orgullo. Ya escribía como un escritor. La frase que habría escrito un escritor no me la sacará nunca nadie de la memoria. Sonaba así:

Las chicas entraron en el guadarnés, donde las atrapó el aroma de las sillas de cuero y de las mantas sudadas de los caballos.

Le pregunté a mi padre por qué, de toda la historia, le gustaba justamente esta frase. Contestó que describía el olor de un lugar que el lector no conocía y que precisamente gracias a ella podía imaginárselo bien. Desde entonces, ya no escribí nada mejor. Los cuentos que sudé en el insti y saqué en la revista, mi padre, siempre con las cejas levantadas, los comentaba diciendo «interesante...», algo que, naturalmente, yo no podía percibir de manera demasiado positiva.

Después de conocer a Murakami, empecé a interesarme de forma más profunda por Japón. Descubrí el *anime* (enseguida me puse a escribir sobre chicos de pelo azul), descubrí el *manga* (comencé a dibujar cómics) y entendí que el japonés era un idioma superchungo que tenía que

aprender, porque a mi alrededor nadie lo sabía y solo entonces les daría a todos una patada en el culo.

Anuncié en casa que aprendería japonés (mi padre mostró su aprobación con cautela), conseguí un libro de texto y en el cole empecé a entrenar ostentosamente el alfabeto silábico de manera que todos lo vieran. (Me imaginaba cómo luego los profesores hablaban de mí en la sala de profesores: «¿Sabían que Kupková ha empezado a aprender japonés? Oh, qué chica tan aguda y tan inteligente...»).

A Kristýna, de la que me hice amiga en esa época, no paraba de gruñirle que Japón era un país fantástico y que todos los japoneses eran fabulosos y que era una pena que en el insti solo tuviéramos a un vietnamita, que además ya estaba con alguien. Kristýna por entonces se estaba reorientando hacia Química y me devolvía los golpes con sus inacabables discursos sobre el oxígeno, el potasio y el cálculo de ecuaciones químicas. Si durante los exámenes escritos de Matemáticas de la mitad del curso no me hubiera siseado desesperadamente: «¡Joder, léelo!», o: «¡Eso no lo calcules, hostia!», nunca habría llegado al bachillerato.

Gradualmente, orienté mi revista escolar entera hacia Japón. Obligué al cole a leer sobre la apertura de Japón en 1854, los métodos tradicionales japoneses de calefacción, la vestimenta de la era Edo, los *shinkansen*, el cine japonés y, sobre todo, la literatura japonesa.

Entendí que me iban los asiáticos. Los más accesibles eran los vietnamitas (pero un poco el problema era que no sabían muy bien japonés). Además, me parecía algo superficial ir sin más a alguien y decirle: «Oye, me gustan tus ojos rasgados, ¿quieres salir conmigo?». Aunque cada día en la calle me encontraba con muchos chicos vietnamitas, el único vietnamita con el que jamás hablé se llamaba Long y lo conocí en el parvulario.

Entonces teníamos cinco años. En lugar de ojos, Long tenía unas pequeñas líneas completamente finas y la cara redondita como un globo. Se veía que era diferente a nosotros.

En un papel, dibujé a todos mis compañeros de clase y les pinté las caras con un lápiz de color carne. El lápiz incluso se llamaba así. *Color carne*. Pero a Long no le iba bien, porque era más oscuro que nosotros. Así que lo coloreé de naranja. La profesora luego me echó la bronca. Dijo que Long era igual que nosotros y que no podía pintarle diferente a los demás. Pero Long era diferente y no había nada que hacer al respecto. Cuando por la tarde vino mi madre a buscarme, la profesora le enseñó el dibujo.

—¡Mire lo que ha dibujado Janička!

Yo tenía muchísimo miedo a que mi madre también me echara la bronca. Me sentía culpable, a pesar de estar completamente segura de lo que había hecho.

—Ha pintado a sus compañeros de clase. ¿Hay algo de malo en ello?

—Bueno, pero mire. —La profesora señaló la cara naranja de Long—. ¿Ve cómo ha pintado a Long?

—Sí. —Mamá entrecerró los ojos—. ¿Y qué pasa?

—¡Lo ha pintado con un lápiz diferente!

Mamá miró fijamente a la profesora, con cara de no entender.

—Simplemente ha pintado a sus compañeros tal como los ve, no hay nada de malo en ello.

—Sí, pero estas cosas tienen que detectarse a tiempo.

—O sea, que si en la clase tuvierais a un negro, ¿también habría que pintarlo de rosa, como a los demás?

La profesora no supo qué decir. Luego mamá se pasó el viaje a casa agitando la cabeza.

—Madre mía, ¡que tengamos los mismos derechos y que nos respetemos no tiene por qué significar que seamos todos iguales! —le dijo luego en casa a papá—. ¡Cuando ve a un vietnamita, simplemente lo pinta como lo ve! ¡Con ojos rasgados incluidos! ¡Y lo asume como algo perfectamente normal!

—Bueno, la profesora exagera un poco, ya. Tiene miedo de que los niños se burlen de él. Sabes lo malos que pueden llegar a ser los niños.

—Al contrario, ¡dramatizándolo señala su diferencia!

Así entendí que Long era vietnamita.

Me acuerdo de otra historia con Long. Estábamos jugando en la arena cuando uno de nosotros, ya no recuerdo quién era, de repente soltó la pala, se estiró los bordes de los ojos hasta las orejas y empezó a gritar: «¡Chino, japonés, tonto! ¡Chino, japonés, tonto!». Se ve que se lo había enseñado su tío. Todos lo imitamos y salimos a correr por el patio. También Long se estiró los bordes de sus ojos hasta las orejas. «¡Chino, japonés, tonto! ¡Chino, japonés, tonto!», gritábamos. Pero entonces la profesora vino corriendo

hacia nosotros y empezó a perseguirnos.

—¡Parad ya, todos! ¡Enseguida! ¿Oís? ¡No podéis hacer esto!, ¿entendéis? —Y luego se giró hacia Long—. ¡Y tú mucho menos!

No entendí por qué Long había de tener la cara pintada con lápiz color carne igual que nosotros, pero no podía correr por el patio y gritar igual que nosotros «chino, japonés, tonto».

Papá, en casa, me explicó que si relacionaba a los chinos y los japoneses con tontos, no tenía por qué gustarles, y luego me dijo que los padres de Long venían de Vietnam y que por eso su padre hablaba tan mal el checo. Y que nunca me podía reír de ningún extranjero por cómo hablaba o por su aspecto, porque a mí seguro que tampoco me gustaría que se rieran de mí en Vietnam por tener el pelo rubio y no saber hablar vietnamita.

Entonces entendí que el mundo era mucho mayor de lo que yo pensaba y que, aparte de Praga, también existía algo llamado Vietnam, donde vivían chinos, japoneses, vietnamitas y checos todos juntos, sin reírse los unos de los otros. Eso me pareció excelente. Empecé a fijarme más en Long, que era de Vietnam, aunque al final no había nada de especial en él, más allá de tener los ojos rasgados.

No tengo ni idea de dónde salió mi inclinación por los asiáticos. Supongo que es innato. Eso no significa que no me gusten los europeos. Tampoco significa que me gusten todos los asiáticos. A ver, es complicado. Creo que el

noventa por ciento de las chicas que se apuntan a Japonología, Coreanística o Sinología están más o menos igual. Yo creo que no encontrarás a una sola japonóloga a quien *no le gusten* los japoneses. Dudo que exista ninguna que diga que los japoneses son asquerosos.

Sin embargo, también destaco entre las chicas a las que les van los asiáticos. Seguramente tenga un gusto totalmente chiflado también en el marco de este grupo reducido, porque, mientras que la mayoría de mis compañeras van detrás de japoneses que parecen chicos superdulces, a mí me gustan los samuráis barbudos y sucios, los estudiantes desaseados de las bibliotecas y los músicos callejeros con guitarras. Me di cuenta por primera vez cuando tenía diecisiete años.

Recuerdo que estaba con Kristýna sentada en el Stalin, bebiendo vodka con zumo, y yo intuía que ese sería el último año tranquilo de mi vida. Esa época en que todos te lo sirven todo, te dicen cuándo tienes que ir a un sitio, cuánto dinero tienes que llevar, qué saldrá en el examen de Geografía y tal.

Ese día brillaba el sol hasta el punto de ser desagradable. Cuando lo recuerdo, realmente tengo la sensación como si todo fuera amarillo. Miraba hacia Praga y para mis adentros me decía que un día conseguiría hacer cosas extraordinarias. Antes de acabar el instituto, planeaba escribir una novela genial, aprender japonés, montar un grupo y dibujar cómics.

Saqué del monedero una foto de Toshirō Mifune y me la puse delante de mí en el murete. Me encendí un cigarrillo y miré con placer al samurái con kimono.

—¿Quién es ese tío con pijama? —Kristýna, que estaba tumbada, se medio enderezó y bebió vodka con zumo.

—Es —dije, reverencialmente— Toshirō Mifune.

Kristýna se inclinó todavía más hacia la foto.

—Otro japo, ¿no? ¿Y no es un poco mayor para ti? —preguntó.

—Ya está muerto —repliqué.

—Entonces, ¿por qué lo llevas en el monedero? —preguntó Kristýna.

—Porque le quiero.

—Estás pirada. —Kristýna agitó la cabeza—. No entiendo lo que ves en los achinados.

Teníamos Praga frente a nosotras como en bandeja y todo parecía al alcance de nuestra mano. Aspiré profundamente del cigarrillo y volví a mirar a Mifune. Las chicas a mi alrededor, en esa época, funcionaban con Daniel Radcliffe de *Harry Potter* y el vampiro Robert Pattinson de *Crepúsculo*, pero estos chavales ridículos, personalmente, no me imponían ni un poco. Sin embargo, el sudoroso Mifune con su ropa de samurái era algo supino.

Mi hermana pequeña, que seguía mi ejemplo de manera infalible, también se enamoró de Mifune. De vez en cuando, nos sentábamos juntas en el sofá y nos poníamos *El ángel borracho* de Kurosawa. Allí actúa un joven Mifune *yakuza*, que se carga a uno tras otro. Mi hermana por entonces tenía trece años, y yo diecisiete. Yo cogía el mando a distancia y lo apuntaba hacia el reproductor de DVD debajo del televisor.

—¡Ahora viene! —Mi hermana se inclinaba más hacia la pantalla. Yo levantaba al aire la mano con el mando.

—¡Ahora! ¡Ahora! ¡Pon *pause*!

Y es que, en esta película, Toshirō se quita la camisa en una escena. Apretaba el *pause* y el semidesnudo Mifune, con el pelo engominado, se quedaba clavado a medio desvestir. Empezábamos a repasar con deleite su cuerpo desnudo. En este ritual sagrado, por supuesto, mis padres no podían estar en casa.

—¡Hostia, qué guapo que es!

Toshirō nos obsequiaba con su mirada de reproche.

—¡Y no tiene el pecho tan peludo como papá!

—Los japoneses no son tan peludos.

Me parecía que Mifune se sonrojaba. Pero no era posible. Al fin y al cabo, era una película en blanco y negro.

—A mí me gusta —decía mi hermana, pensativa— que tenga esa nariz fruncida cuando se enfurruña. Y además... —Se inclinaba aún más hacia el televisor—. Tiene los ojos superbonitos.

—Es verdad —coincidía yo—, qué pena que no haya japoneses así viviendo en Chequia.

—¿Te irías con él? —preguntaba mi hermana.

—¿Con Toshi? Ya te digo.

Repasábamos al sonrojante Mifune tan de cerca como podíamos. Pero entonces él metía la mano en el bolsillo y sacaba un mando a distancia. Lo apuntaba hacia nosotras y apretaba el *play*. Seguramente ya no aguantaba más que lo miráramos de manera tan desvergonzada y encima lo comentáramos en voz alta. La película volvía a ponerse en marcha. Mi hermana y yo nos intercambiábamos miradas de insatisfacción.

—Dame. —Mi hermana me arrancaba el mando de la

mano y volvía al principio de la escena—. Ahora le daré yo al *pause*.

12

A los dieciséis años, puse un anuncio por primera y última vez en mi vida. Quería encontrar a un amigo o amiga japoneses. Fue algo realmente inocente. No sabía decir ni mu en japonés, pero en inglés ya me hacía entender sin problema. Se puso en contacto conmigo un tal Satoru. Vivía en Plzeň y era bastante mayor que yo.

Cabe reconocer que me resultó sospechoso ya desde el principio. Pero no podía desperdiciar esa oportunidad. Así que me cité con él en el centro comercial de Zličín. Pensé que estaría lleno de gente y que si, Dios no lo quisiera, empezaba a pasar algo, chillaría y seguro que alguien intervendría. Cuando llegué al lugar de la cita, Satoru ya estaba. A primera vista parecía normal. Me tranquilicé un poco.

—Oye —le dije nada más empezar—, solo estoy buscando a un amigo, ¿está claro?

—Claro —contestó.

Pedimos un café.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó.

—Dieciséis. ¿Y tú?

—Treinta.

Descubrir que mi amigo potencial tenía catorce años más que yo me inquietó un poco. Clavé la vista en el café que tenía delante. ¿De qué tenía que hablar con él? ¿De qué charlan los hombres de treinta años? Pero antes de poder

iniciar una conversación con alguna pregunta apropiada, Satoru se me adelantó.

—¿Puedo tocarte? —me preguntó.

—¿Qué? —Puse los ojos como platos. Eso era rapidez—. No —dije, negando rápidamente con la cabeza—, de verdad que solo estoy buscando un amigo.

Observé cómo su mano se arrastraba por la mesa hacia mi café.

—Lo digo en serio —le dije—, ¡deja eso o me voy a casa!

Satoru puso cara de perro apaleado. Luego devolvió la mano a su taza. Me sentí aliviada. Así que eso ya lo habíamos aclarado. Ahora hacía falta hilar una conversación.

—¿En qué trabajas? —le pregunté.

—Estoy en una empresa japonesa que hace televisores. ¿Y tú?

—Estoy en segundo del instituto.

La mano ya volvía a arrastrarse por la mesa.

—¿En serio no puedo ni cogerte la mano? Me gustaría mucho.

—¡No!

—Estoy muy solo...

No valía la pena. Pedí que me trajeran la cuenta y me dirigí hacia casa. Pero entonces Satoru me cogió de la muñeca y me llevó por el centro comercial hacia el lado opuesto al que me dirigía yo.

—¡Suéltame!

—No tengas miedo, ¡solo quiero enseñarte algo! —Siguió tirando de mí por el pasillo.

—¡Pero yo no quiero ver nada!

—No tengas miedo y ven.

¿Qué demonios quería enseñarme? Seriamente consideré ponerme a pedir ayuda a gritos, cuando Satoru por fin me soltó. Estábamos delante de una tienda de electrónica. No entendía nada de lo que pasaba.

—¡Ven! —dijo y se lanzó en dirección a los televisores. Consternada, lo seguí. Pasamos junto a las aspiradoras, las máquinas de afeitar y las radios. Llegamos a los televisores de plasma.

—Mola —dije. Pero Satoru no quería enseñarme los televisores. Me obligó a dar la vuelta a los estantes, hacia atrás, de manera que acabamos mirando un montón de cables y botones que asomaban de los culos de las pantallas. Me quedé mirándolo sin entender. No pillaba de qué iba. Luego Satoru se inclinó hacia el televisor más cercano y señaló con el dedo el código de barras pegado bajo la salida del cable más gordo.

Me incliné para acercarme un poco más. En la pequeña pegatina ponía: «Revisado por Satoru Tanaka».

—Lo revisé yo —dijo Satoru y sacó pecho, orgulloso. Luego me dio un beso. No me dio tiempo a poner ningún reparo. Me quedé de pie, patidifusa, en un embrollo de cables. Así me besó un japonés completamente desconocido. Por el centro comercial se extendía la canción *Love is in the air*.

En primero de universidad le conté esta experiencia a una compañera de clase. Sin pestañear, sacó el móvil y pasó un rato apretando teclas. Luego me puso el aparato delante de la cara.

—¿Era este? —preguntó, secamente.

Evidentemente, no fui la única a quien Satoru intentó aturdir con un televisor.

13

En segundo del instituto, mis padres me pillaron intentando comerme un yogur con palillos. Entendieron que ya no daban abasto (mi padre me había aconsejado todas las películas japonesas que conocía y ya no sabía qué más hacer), así que me confiaron al amable cuidado de un viejo japonólogo.

El profesor tenía un pequeño despacho en el centro de Praga, literalmente revestido de libros, el pelo completamente blanco y los ojos brillantes y azules. Más o menos así me había imaginado a Jesús de pequeña. De joven debía de haber sido un tipo guapísimo. Me hizo sentar frente a su mesa, en una silla chirriante de madera. La mesa estaba llena de papeles garabateados, diccionarios y libros.

Miré por la habitación. Un canapé gastado, en él almohadas pálidas de un color incierto. Grandes caligrafías en la pared tras la mesa, escritas a mano por el propio profesor. Desde algún lugar nos llegaba la sintonía de *La familia Šmolík*. Al profesor, por la mañana, le gustaba ponerse series de dibujos animados. El cuarto estaba en penumbra, la luz caía solo a través de una pequeña ventanilla frente al sofá. Dibujaba un cuadrado brillante y blanco en el suelo, junto a mi silla. Por el aire volaban menudas partículas de polvo. Las que llegaban sobre el cuadrado blanco en el suelo refulgían y centelleaban como

oro en polvo.

Me sentía como si hubiera entrado en un mundo que ninguna mujer había visto antes. Estaba nerviosa e impaciente. Quería saber japonés ya, rápido, para poder ver todas las películas de Mifune y no tener que saltar todo el tiempo de su cara a los subtítulos. El profesor estaba sentado en la butaca detrás de la enorme mesa, observando en silencio cómo miraba intranquila el cuarto.

—Señorita Kupková. —Entrecerró los ojos como si estuviera viendo mi alma negra y se sirvió vino de una botella en la mesa—. ¡Espero que detrás de su deseo de saber japonés no haya ningún japonés!

Negué con la cabeza.

—Eso está bien. —El profesor dejó la botella en la mesa—. Sobre todo, no se case con ningún japonés. Son unos animales.

Y bebió como un *gourmet*.

14

El profesor era calígrafo. Tenía un pequeño y raído diccionario en el que se mencionaban diez variantes de cada signo, en diferentes estilos y grados de cursiva, según cómo se había escrito en diferentes periodos. Las páginas del diccionario estaban tan ajadas que en algunas partes se desmontaban, igual que un periódico quemado se deshace en ceniza. El diccionario me fascinó, pero me daba vergüenza pedirle al profesor que me permitiera hojearlo bien. Además, amenazaba con desmenuzarse entre mis manos.